



Literatura Mexicana

ISSN: 0188-2546

litemex@unam.mx

Universidad Nacional Autónoma de
México
México

Hadatty Mora, Yanna

Literatura de instantes a infinitos: estridentismo y modernidad en Arqueles Vela

Literatura Mexicana, vol. XVIII, núm. 1, 2007, pp. 161-175

Universidad Nacional Autónoma de México

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=358242106008>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org



Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

**Literatura de instantes a infinitos:
estridentismo y modernidad en Arqueles Vela**

YANNA HADATTY MORA
Centro de Estudios Literarios

A Lénica Puyhol, y su conversación generosa

Este reloj es el NUESTRO. El reloj vanguardista, por su simultaneísmo expuesto tan gráficamente. El reloj que [...] da la real impresión del tiempo. Un tiempo como el que hace en los sueños, en los que vivimos de instantes a infinitos y viceversa.

Arqueles Vela

Arqueles Vela, guatemalteco-mexicano, viajero y cronista, es una de las firmas más características de *El Universal Ilustrado* durante los años 20, semanario que para entonces representa uno de los principales escaparates de la modernidad nacional e internacional en México. Vela colabora en las páginas de este semanario como columnista, y en 1923 pasa a ser secretario de redacción. Más adelante, radicado fuera del país, continuará el vínculo con el semanario como corresponsal. De manera decisiva lo liga también con la mencionada revista iniciar dentro de sus páginas su más conocida vertiente narrativa. Allí es donde publica, a finales de 1922, la primera versión de *La Señorita Etcétera*, emblemática novela corta que marca el inicio de la narrativa de vanguardia en México e Iberoamérica, y que consolida los lineamientos de ruptura del movimiento estridentista, proclamado apenas un año antes. La versión de 1922 inicia con la dedicatoria del autor: “A mis compañeros de cuartillas en *El Universal Ilustrado*”.

Esta recuperación presenta cinco textos en prosa del autor, que han permanecido agazapados en las páginas del semanario, como muchos

otros. Proponemos esto, con la idea de que para los estudiosos del estridentismo y de Vela, debe resultar interesante empezar el rastreo por las colaboraciones casi desconocidas de *El Universal Ilustrado*, de 1922 a 1927, primera aproximación que debería arrojar algunas luces en cuanto a la coincidencia y la divergencia de los hallazgos en el periodismo con algunos aspectos anotados por la crítica literaria, que ubica en torno a los libros de narrativa de Vela de esos mismos años —a saber, *Un crimen provisional* y *El café de nadie*, junto con la mencionada *Señorita Etcétera*— de manera restrictiva, el corpus literario del autor calificable de vanguardista. Reconocemos asimismo que este rastreo sigue la propuesta de los ficheros de Luis Mario Schneider.

1. VIVIR DE INSTANTES

Hay en el “Charleston” algo de [Y]ata-Yoga. Sus figuras parecen entresacadas de las páginas de esos libros que enseñan a doblar el cuerpo, a quebrarlo, a desgonzarlo, a enredarlo en las posturas más inverosímiles, más tristes, más dolientes. [...] Viendo bailar el “Charleston” esperamos, de pronto, que se disperse todo. Que los bailarines, descuartizados por el ritmo cortante, nos envíen una mano, un pie, galantemente, seguros de que podrán recuperarlo en un cambio instantáneo de la danza...

Arqueles Vela

Podría decirse que Vela, al igual que el semanario, antes de ser vanguardista fue moderno. En el conjunto de artículos del autor en *El Universal Ilustrado*, se abordan en varias ocasiones los cambios visibles que produce la modernidad, sobre todo a nivel de las repercusiones manifiestas en el marco de la ciudad de México; y, de manera más sutil, en la secuela emocional que marca a los sujetos que los viven. Esta transformación acelerada asoma por momentos en crónicas eufóricas por la modernidad, que se complacen incluso en lo que tienen de banales y pasajeros los productos de la moda. Algunas columnas de la serie que Vela mantiene a principios de 1925, “Comentarios frívolos”, se dedican a las nuevas plataformas de los agentes de tránsito, la ropa femenina al entrar la primavera, los anuncios luminosos que ciñen a los edificios; otras describen la geografía urbana de manera más con-

creta, al ocuparse, por ejemplo, de la instalación de un reloj público en la calle Bolívar y de otro en 16 de Septiembre, del nuevo farol del “Salón Rojo”, o bien de comentar la noticia de una estatua a Manuel Gutiérrez Nájera que, se rumora, va a erigirse en la Plaza Guardiola. Artículos que ocupan páginas completas del semanario, se dedican a “Las luces de los automóviles”, “Las fachadas de casas”, entre otros temas.

Espacio de convergencia de Estridentistas y Contemporáneos, al teatro ligero en especial se tributan columnas de opinión, reportajes, notas gráficas, críticas y ficciones en el semanario. Entendemos que no es casual que Vela inicie un artículo sobre este tema con la siguiente dedicatoria: “A Xavier Villaurrutia y Salvador Novo, que han transitado por la *pasarelle* del Principal como por el puente de la vida”. Vela tiene un conjunto de textos sobre el tema, que se enfocan mayormente en las *tiples* y *comediantas* de moda: “María Valente, la prestidigitadora de la música”, “Los artistas *Chez Soi*. Emma Duval”, “Celia Montalbán, la tiple de 1926”, “Marina Vega, precursora de la *pasarela*”. Citamos de este tema, brevemente:

De las mujeres del Ba-ta-clán, la que más sorprende es María Valente. Todas pasan por ese desfiladero de la tentación, procurando ser lo más femenino posible, lo más plástico posible. Todas procuran adoptar la más *eclatante* de las *toilettes*. [...] Sólo María Valente procura ser lo menos femenino posible. Se esconde de sus formas. Se escamotea a sí misma y se presenta con un afán de escamotearlo todo.

Temas tradicionales que Arqueles renueva con la mirada desautomatizadora que lo caracteriza, aparecen también en estos años: “Pepito Gómez, el superhombre”, sigue la caminata del hombre más alto del mundo, que lo ve todo por encima de las cabezas de la multitud humana; “La fauna fabulosa el señor Juárez Gutiérrez”, habla de tallas zoomorfas en madera que con sus inusitadas figuras atemorizan al *repórter*; “El caballo chantagista [sic]” narra la actuación de un caballo que se “hace el muerto” tres o cuatro veces a lo largo de una corrida de toros.

Hay que señalar que en otros textos de la misma época, la prosa de Vela se muestra ambivalente entre la recepción alborozada e irrestricta por lo nuevo (la llamada *neolatría* por los críticos y teóricos de las vanguardias), y la atemorizada abominación por lo que parece aterrador (verdadera *disforia* de la modernidad). Algunos ejemplos resultan paradigmáticos en este espectro: Marina Vega es “la *nihilista* de los

escenarios... La desbaratadora de libretos”. Se trata de una actriz que se equivoca y paraliza en escena. Dice Vela que ella es “en el teatro lo que *Dadá* en literatura”. Piénsese en el divertido epígrafe sobre el charleston de este apartado, que tomamos de Vela, o bien en la cita que sigue, sobre el ya mencionado farol de un salón:

Entre los “maelstrom” de “snobs” que transitan por la Avenida Madero, estropeando las conversaciones inteligentes y los pensamientos siderales. Entre la marejada de voces industrialistas y de luces municipales, la luz del “Salón Rojo”, es algo así como el FARO que libra del naufragio a los transeúntes desorientados de ensueño y vaguedad.

2. VIVIR AL INFINITO

Quizá se prefiera, sin embargo, por la sutileza y la sensibilidad de la mirada, los textos de Vela que acusan la preocupación que le causan las repercusiones humanas de esta nueva temporalidad. Textos que tratan no de lo actual como moda perecedera y efímera, sino que más bien se ocupan de manera central de la crisis del sujeto moderno. Estos artículos se asoman con temor y deleite a los embates en la dimensión humana de lo moderno, sin abandonar el tono desenfadado y divertido que caracteriza al semanario; rastrean y seleccionan a los sujetos atravesados por las exigencias de productividad, movilidad y regulación que ahora los acompañan:

De improviso un hombre nos ve, nos sorprende, nos examina, nos desconcierta. [...] No es el doble [...], no es el amigo incógnito [...], no es el que delinea y subraya en nosotros los mismos caracteres fisonómicos del hermano perdido [...]. Es el mismo de anteayer, de ayer, de hoy, de mañana... El que, a veces, nos brinda un cigarrillo, una insinuación muda, un saludo cordial de detective. ¡Eso es! Un detective. Un detective del destino [...]. El espía diario que nos sorprende y nos vigila [...] Nuestro único séquito. Nuestro Paje. Nuestro Herald.

Relaciones impersonales, tiempos frenéticos, angustiosa sensación de soledad, visiones apocalípticas del entorno, sociedades de suicidas, masificación de los individuos, manías persecutorias, despliegue de clisés en el manejo social, mercantilización del amor y de la literatura, son parte de esta temática. Dos artículos aquí incluidos entran en esta

categoría —“El hombre que encontramos en todas partes”, “El turista Standard”— así como “El amigo improvisado de los trenes”, “El club de los suicidas”, que a la ligereza de la pluma de Arqueles por volver extraño lo cotidiano, añaden la dimensión del Vela que preferimos: el descriptor de lo inasible, de lo incomunicable, a veces ominoso y siempre ambiguo. Citemos unos cuantos ejemplos de los mismos; “El amigo improvisado de los trenes”, inicia:

Siempre que viajemos en la urgencia diaria o recorramos el itinerario de la holganza en los trenes, nos sorprenderá su mirada vivaz y sonriente, su actitud vacante y su agradable manera de auscultarnos [...] Parece que adivinara las alegrías o las contrariedades cotidianas de cada uno de los compañeros de tranvía que le depara el destino para protagonista de su espectáculo. [...] Al verlo tan solo, tan olvidado de la tertulia, tan arrinconado en los asientos, con una actitud de lastre, de viajero que ha perdido su boleto, de viajero que no tiene a dónde llegar, de viajero sin viaje... se filtra una conmiseración de convidarle una ráfaga de nuestra alegría [...]

Dice en este sentido su compañero de *El Universal Ilustrado*, Luis Marín Loya, en una columna llamada “El meridiano lírico” que dedica a nuestro autor:

Arqueles Vela ha descompuesto las cosas. Y se ha salvado. Es el autor de las cosas que se hacen solas [...] Nada tan insignificante, tan inusitado como el que las imágenes se acerquen a un hombre, sin que él dé un paso hacia ellas. El caso de Arqueles, en cuyos artículos las cosas se enredan y se precipitan.

El hará la novela ejemplar, la novela de recortes de periódicos.

Si en los artículos de Vela los objetos se precipitan y animan, como si poseyeran vida y biografía, es de esperar que en sus novelas cortas emerjan los apuntes periodísticos y la mirada que congela el instante efímero. Lirismo extremo el de su pluma, periodística o literaria. Revisemos en este sentido el manejo de la imagen del tiempo:

Este reloj es hasta ayer, único. Verdadero índice de la fugacidad nuestra y del ajetreo vagabundante nuestro. Verdadero desquiciador de la alegría y despreocupación de los transeúntes [sic].

Este reloj es ese que está en las calles de Bolívar, en no sé qué tramo de la inestabilidad cotidiana. Frente a sus manecillas que están continuamente vomitando las horas, que se están desembarazando de los minutos, nadie puede transitar con tranquilidad. Se siente la urgencia, al consultarlo, de echarse a correr, de impedir que siga marchándonos lo perentorio y lo inusitado. [...] Viéndolo escupir los segundos de una manera tan insistente, nos abochornamos, nos embargamos de apresuramiento y todo parece rigurosamente estacionado e indisoluble...

Es la cita con la que empezamos, y que nos permitimos enfatizar con cursivas, que concluye en que se trata del reloj vanguardista: reloj que va, como el tiempo de los sueños, de instantes a infinitos. Para caracterizarlo emergen en él la prosopopeya que anima al reloj, y que al sustituirlo se vuelve metáfora suya: devorador del tiempo, al que se pone en acción cuando *vomita* las horas, se *desembaraza* de los minutos, *escupe* los segundos.

Hasta aquí la aproximación. Queda pendiente una revisión profunda de *El Universal Ilustrado*, tribuna que durante los años 20 balancea de manera ejemplar en sus páginas lo moderno y lo vanguardista, lo comercial y lo estético, las ilustraciones y las columnas de texto, los artículos sobre el gobierno de los estados, el arte, la moda, y la columna de sociales. Por ahora importa considerar la consonancia del tono de Arqueles con el ánimo del semanario, que se percibe ya en los títulos de las columnas: “Comentarios frívolos” anuncia la opción aparente por un periodismo ligero, “Recortes para llenar” se concibe como el espacio de textos de menor interés, que con su formato modesto ayuda al armador de las páginas del diario. Por lo pronto basta señalar la coincidencia en la seducción ejercida sobre un creciente público de lectores de ocasión por un moderno periodista de oficio, escritor literario de ficciones estridentes.

EL HOMBRE QUE ENCONTRAMOS EN TODAS PARTES*

por Arqueles Vela

I

De improviso un hombre nos ve, nos sorprende, nos examina, nos desconcierta. Un hombre impasible, extraño, impertinente, amable. Aguza la mirada para reconocernos. Apunta algo con la mirada en su carnet imaginario. Ensambla su actitud con la última en que nos auscultó sin qué ni para qué...

Consultamos las fisonomías, los semblantes conocidos, las facciones amigas sin lograr una ratificación instantánea.

Nos quedamos mirándolo fijamente hasta reconstruir su figura y se va proyectando su verdadera insistencia.

No es el doble que despega Dostoyevski a sus protagonistas trágicos... No es una de esas segundas personalidades de que habla Proust... No es una alucinación literaria. No es aquella persona que nos presentan furtivamente en un baile, en una esquina, en una sobremesa de restorán, en una reunión tumultuosa, en una kermesse, en los "foyers" de los teatros, en las antesalas, en los camerinos, etc., que siempre se pierde o se esconde en las desmemorizaciones...

No es el amigo incógnito a quien le simpatizamos anónimamente porque nos encuentra a las mismas horas en los trenes o en las calles.

No es el que delinea y subraya en nosotros los mismos caracteres fisonómicos del hermano perdido, del amigo ausente...

No es la afinidad de una intuición que quiere bucear en la indiferencia nuestra los indicios de un futuro acercamiento espiritual, de una futura convivencia de emociones en las que se reflejará siempre su propia emoción y su propia personalidad.

No es el hombre que espera el momento propicio de ofrecernos una alhaja de ocasión...

* *El Universal Ilustrado*, no. 434, 3 de septiembre de 1925, p. 34.

II

En su apariencia pasajera y mortificante se le reconoce. Es el mismo de anteayer, de ayer, de hoy, de mañana... El que, a veces, nos brinda un cigarrillo, una insinuación muda, un saludo cordial de detective. ¡Eso es!... Un detective. Un detective del destino que nos persigue y nos perseguirá siempre. Que nunca se disfraza para que su perennidad sea más perenne. Que está buscando el instante en que se descuide la ecuanimidad nuestra para atraparnos y desaforarnos del escepticismo con que viajamos todos los días.

Es el espía diario que nos sorprende y nos vigila sin querer, que nos cohibe y nos aprisiona sin la orden previa.

Es inútil desasirse de su perentoria frecuencia. Inútil cualquier subterfugio para desecharlo y extirparlo de la inevitable cotidianidad que vivimos con él... Es la obsesión de la vida... Alguien que se encarrila al lado nuestro, siguiendo un paralelismo.

Es el hombre que encontramos en todas partes. Al cruzar una calle, la más solitaria, la más ajetreada. El que espera largas horas un tranvía al lado derecho de la impaciencia nuestra.

El que quisiera bailar con la mujer que llevamos al cabaret.

Al que quisiéramos despojarlo de todo ÉL... Destruirlo, para que no continúe importunando con su presencia irresistible.

En la peluquería, en la butaca, en el restorán, en el tranvía, en todas partes coincide con nosotros, sin meditarlo, por una ley incontrovertible.

Se asombra con el asombro nuestro. Piensa y cree lo mismo que pensamos y creemos. Somos su obsesión en la vida...

Vive para encontrarnos, para sorprendernos, para importunarnos, para hacernos cambiar de ruta y reanudar su órbita, que no es sino en la que giramos por él y para él...

III

No es posible ahuyentarlo. Es impertérrito, tenaz, asiduo. Se le pueden jugar las más injugables jugarretas que siempre sabrá desatarlas.

Se mandarán trazar nuevas calles y él las transitará y las inaugurará con su impertinencia.

Viajaremos hacia Rusia, el Japón, la India, Liberia, etc., y hacia otros países y lo encontraremos, precisamente, allí, en donde no pensábamos encontrarlo.

Seríamos capaces de asesinarlo y, sin embargo, su presencia y coincidencia se va haciendo agradable, se va convirtiendo en una especie de voluptuosidad y vanidad, como la que debió sentir Belkis al ir por los desiertos con su séquito...

Porque este hombre que encontramos en todas partes es nuestro único séquito. Nuestro Paje. Nuestro Herald. Al sentir que nos contempla, nos cercioramos de que estamos nosotros...

RECORTES PARA LLENAR
EL CABALLO CHANTAGISTA* [sic]

por Arqueles Vela

Un hecho singular, acaecido el último domingo en "El Toreo", dio margen a nuestro compañero Arqueles Vela para escribir este jugoso comentario, un poco funambulesco como todos los suyos, relativo al caballo chantagista... Es para todos los aficionados y para los que no lo son.

A Verduguillo

Teníamos un concepto férreo del escepticismo, de la hermeticidad, de la indolencia, de la discreción de los caballos espectaculares de las plazas de toros. Concepto que había ido subrayándose en cada temporada, que se hacía más hondo, a medida que observábamos su actitud, su silencio, su apatía, en aquellos trances difíciles en que los colocaron los "picadores", arrinconándolos en los callejones del peligro, sacándolos a las cuatro esquinas de la dramaticidad, empujándolos hacia el desfiladero de la desgracia y de un semiheroísmo. Porque, aunque estos caballos de la fiesta brava presienten la zona del peligro, no tienen sino una visión media, una perspectiva incompleta del panorama trágico... En estos caballos hay siempre un ojo velado, un ojo avizor, un ojo intuitivo, que es el que se impresiona, a través de la cámara oscura en que se le convierte, de los momentos terribles, expectantes, extáticos en que son emplazados y trasladados, muchas veces, a la inmortalidad.

Todos los caballos exhibidos en el redondel conservaron el 99 por ciento de las probabilidades de caballos escépticos, indiferentes, soportadores de las peores tragedias. Pero he aquí que en la corrida del domingo pasado, encontramos ese 1 por ciento de los caballos que no quieren dar un espectáculo impasible y compasivo.

Este caballo —el primero de una futura gran dinastía que revolucionará el toreo— comprendiendo y plagiando los ardidés y las suspicacias de los toreros cuando son cogidos, ha inventado una manera de cumplir más inteligen-

* *El Universal Ilustrado*, no. 442, 29 de octubre de 1925, p. 51.

temente su misión de caballo festoneado de la roseta de la muerte, de caballo pirografiado con las iniciales de la eternidad...

Lo vimos tenderse como un gran actor en el tercer acto de la truculencia, como un gran interpretador que sabe muy bien su "papel", que ha ensayado su "pose", que ha aprendido su actitud, que comprende y se resigna a ser un "partiquino" de la tragedia.

Presintiendo la emoción del público, antes que lo empitonase el toro —acaso por pura sugestión— se doblegaba, se moría convencionalmente, dando el timo de la muerte, chantajeando al destino, defraudando los blasones de su ascendencia de caballos muertos... De caballos hechos y confeccionados para morir. De pobres caballos destartados, incompletos, refaccionados, incurables, que caminan siempre convalecientes, somnolentes del cloroformo de la serenidad o del pavor, guiados por la brida de lo irremediable.

Tres o cuatro veces lo vimos repetir su truco de la muerte y resucitar, instantáneamente, impulsado por un instinto de tomar el pelo al toro...

Se levantaba con la misma actitud de esos actores que se matan en los escenarios, por un consejo del apuntador, y que son exhumados por los aplausos...

Gran caballo este, inyectado de un afán superpesimista que lo hacía suicidarse, disparándose la idea de la muerte...

Es el primer caballo que se atreve a interpretar la suerte de Don Tancredo —la admirable de todas las del toreo— con el verdadero sentido de lo que debe ser esta suerte. Es decir, con la convicción de una perenne inmovilidad, de un aletargamiento subconsciente y displicente. Este caballo demuestra cómo sería más suerte esta suerte. Cómo emocionaría más al público.

Es indubitable que una suerte de Don Tancredo ejecutada con las características de la muerte, convence más al público y al toro, que esa otra hecha a medias con una actitud de estatua y en la que no se da sino una sensación de un sueño imperfecto... Este caballo pone "escuela". Y deben imitarlo...

¡Qué serenidad, qué impassibilidad la suya para soportar los buceos imperterritos y asiduos del toro!

Tendido sobre un nuevo concepto del valor, veíamos cómo el toro lo sacudía, lo volteaba, lo esculcaba, buscando la oportunidad de desembarazarse de él.

Nada lo conmovió. Nada lo despertó de su convicción de caballo enjaezado para la muerte.

Sólo el alejamiento del toro pudo despertarlo. Y es que este caballo parafraseaba las suertes del toreo, recordando los versos aquellos de "Muero porque no muero..."

RECORTES PARA LLENAR
EL CHARLESTON*

por Arqueles Vela

En el “Charleston”, más que en ningún otro baile americano, se ha logrado estilizar el primitivismo. Sus movimientos hacen de los bailarines sorprendentes marionetas, impulsados por un desbarajustado equilibrista que tergiversara, súbitamente, los hilos del mecánico espectáculo.

Hay en el “Charleston” algo de “Yata-Yoga” [sic]. Sus figuras parecen entresacadas de las páginas de esos libros que enseñan a doblar el cuerpo, a quebrarlo, a desgonzarlo, a enredarlo en las posturas más inverosímiles, más tristes, más dolientes, como si se viera en sus interpretadores a uno de aquellos fakires renegados, apóstatas, ambulando por los “music-halls”, convertido en algo así como en el espectacularizador de los secretos sagrados.

Viendo bailar el “Charleston” esperamos, de pronto, que se disperse todo. Que los bailarines, descuartizados por el ritmo cortante, nos envíen una mano, un pie, galantemente, seguros de que podrán recuperarlo en un cambio instantáneo de la danza, tal si estuvieran los miembros atados con los cordones de la prestidigitación.

Se tiene el sensacionalismo de que se enredan en la telaraña de los compases, de que se quedarán muertos entre la maraña de la música, atisbados, cazados por la arácnida de sus actitudes.

Chela Padilla, que nos ha traído esta novedad y que trasplantará a nuestros escenarios todas las novedades teatrales, por ese temperamento suyo tan moderno, nos da la sensación de una fuga fisiónomica...

Y es que eso es el “Charleston”. Una fuga de las actitudes, de los gestos, de las miradas, de las sonrisas. En este baile Chela se va quitando los siete velos de la estaticidad, con un admirable malabarismo.

* *El Universal Ilustrado*, no. 443, 5 de noviembre de 1925.

RECORTES PARA LLENAR
EL FAROL DEL ROJO*

por Arqueles Vela

La luz del “Salón Rojo” la colocaron precisamente allá arriba, encima de todas las luces vulgares para que conservara su serenidad y su misticismo. Podría ser la vela eterna consagrada a BUDHA. La inventó Ramajardja, el más sabio y desconocido de los alquimistas indios. Es la luz más pura que se ha descubierto. Tiene una sugestión más poderosa que la con que se hace la soldadura autógena...

* * *

Entre los “maelstrom” de “snobs” que transitan por la Avenida Madero, estropeando las conversaciones inteligentes y los pensamientos siderales. Entre la marejada de voces industrialistas y de luces municipales, la luz del “Salón Rojo”, es algo así como el FARO que libra del naufragio a los transeúntes desorientados de ensueño y vaguedad.

* * *

Es la luz inventada por el más grande alquimista. El alquimista que ha pasado toda su vida detrás de los cortinajes sombríos de la soledad, descomponiendo y precipitando las miradas que invaden el ángulo de su introspección.

* * *

Es la lámpara de Aladino que va buscando en nombres los pensamientos nuevos por los viejos y nos va imbuyendo de una claridad más transparente y más dilucidadora de las perspectivas subconscientes.

* * *

Es la luz que vemos en las calles de los sueños cuando se apagan las luces ciudadanas.

Es un candil espiritual...

* *El Universal Ilustrado*, no. 431, 13 de agosto de 1925, p. 38.

PÁGINAS PARA TODOS LOS GUSTOS
EL TURISTA STANDARD*

Por Arqueles Vela

Es la estación que vemos en todas las ciudades barrioleras. La estación de donde parten los trenes para cualquier parte. Es la estación más abrumada de turistas, la más triste, en la que se cuelgan más adioses. Pero puede ser, también, la más silenciosa, solitaria, en la que nadie se despide de nadie. La estación a la que acude siempre alguien a esperar ese recuerdo que no llega nunca. Pero puede ser, también, la estación optimista, bulliciosa, por donde se va a los días de campo, a los viajes de boda, a las aventuras sentimentales.

En todas las estaciones, al sentarse, al repantigarse en la ideación del viaje; después de creer que ha escogido el asiento que no escogerá nadie, el mismo pasajero de siempre, olvidado en el último viaje, lo contempla fijamente, con una mirada retornante de una excursión frustrada, con un vago indicio de viajero que teme viajar solo, que teme irse más allá de sus posibilidades o quedarse más acá de sus ambiciones, de viajero que nunca podrá sentirse el verdadero viajero, el que viaja consigo mismo y con el paisaje, aquel que sin darse cuenta pregunta a cualquiera, tembloroso de la inquietud de haber podido llegar tarde:

—¿Qué hora es? Dispense...

El interrogado, presintiendo que es el turista preguntón, impertinente, le responde:

—Debe ser la hora que no llega nunca, la hora de la salida.

El pasajero inquisidor se queda absorto, confuso, despistado, como queriendo descubrir en los demás compañeros de viaje, la fisonomía de aquel que está dispuesto a dar toda clase de informes porque se sabe de memoria hasta el cambio de los itinerarios. Sobresaltado por la idea súbita de que habría podido dejarlo el tren, vuelve los ojos hacia las preocupaciones circunstantes, preguntando, medroso de que el convoy haya partido:

—¿A qué hora sale el tren? Dispense...

—Según el itinerario, 5 minutos más tarde de esos 5 minutos que hemos esperado para que salga 5 minutos más tarde de la hora marcada en los avisos. Si no es que sale 5 minutos más tarde.

El pasajero no comprende la intención, ni las frases. Ni le importa. Lo que le interesa es entablar conversación con alguien, que alguien le ayude a sentirse próximo a partir, a considerarse dentro de los pasajeros, dispuesto al viaje.

* *El Universal Ilustrado*, no. 528, 23 de junio de 1927, p. 59.

Cuando el convoy emprende la marcha, saca de su maletilla de viaje, su gorra de viaje, su pipa de viaje, distendiendo —como una cómoda silla de viaje— su actitud de descansar; y hasta se enreda, se desbarata en sí mismo, tal una cómoda silla de viaje, acabando por desistir, después de infructuosos ensayos, de querer encontrar la mejor posición, como se desiste de intentar el descubrimiento del secreto que esconden las sillas de viaje, reacias y caprichosas, como una mujer inviolable.

Abrumado de sus posturas, se sienta con la misma religiosidad de un invitado cumplimentador, regocijado de sentirse lejos de las molestias ocasionadas por los preparativos de viaje, un poco triste de apretarse, todavía, a los últimos abrazos que lo obligaran a irse, a desprenderse hasta de lo que no había podido desprenderse el día anterior a su partida. Sobre todo, de ella. Pero ella tuvo la culpa.

Convencido de que en los viajes los pasajeros están siempre afirmándose en lo que dicen los unos a los otros, pregunta:

—¿Hará buen tiempo? Dispense...

—Depende de los “stores” que cubren las ventanillas. Subiéndolos o bajándolos se destruyen las predicciones de los termómetros.

Después de innumerables pesquisas, de incontenidas indecisiones, vuelve a preguntar:

—¿Qué hora es? Dispense...

—Pues... salimos de México a las 7 y 1/2 . Según el número de postes telegráficos que han ido pasando, deben ser más o menos las 8 y 45...

Inmediatamente, simultáneamente, la respuesta, tan incomprensible como las anteriores, se asoma a la ventanilla queriendo percibir el eco de los minutos perdidos a lo largo de la vía.

Habiendo pasado ya todos los túneles del sueño, un poco disfrazado con el hollín de los sueños, sintiendo que ha dejado de caminar lo suficiente para llegar a tiempo al final de su viaje, insiste:

—¿A qué hora llega el tren a Veracruz? Dispense...

—No sé. Seguramente cuando ya nos hayamos acostumbrado a esta vida ociosa, inmóvil.

—¿Usted no va a Veracruz?

—No.

—Entonces, ¿a dónde?

—No puedo precisararlo. Hasta donde me alcance el tiempo. Tengo autorizadas, nada más, 4 horas de trayecto. Al cumplirlas, me bajaré en la primera estación en tránsito.

—¿Pero se queda en un pueblo cualquiera, desconocido, desamparado, polvoriento, triste, solo?

—Mi familia es dueña de todos los hoteles del mundo.

—¿No viaja usted con pase de favor?

—En algunos continentes sí. Pero es un pase que me concedo a mí mismo.

—¡Qué felicidad viajar como usted, sin preocupaciones!

—Cada día las tendré menos. Como que he decidido comprar la red de los ferrocarriles transcontinentales, para organizar excursiones gratuitas a todos los países, con el fin de destruir el desmedido afán por los viajes.

—Entonces, ¿usted no cree que los viajes instruyen?

—Actualmente ya no. Debido a las propagandas oficiales, a los réclames sistemáticos, se ha despertado un incontenible deseo por conocer hasta las principales calles de una ciudad, de agotarlas, de congestionarlas. Nadie gusta de verlas lejos, desde la proa de la curiosidad, desde la ventanilla de la curiosidad, aventurándose por sus callejuelas entreabiertas a sus reconditeces, como por los resquicios del traje de una mujer, adivinando sus sombras y sus luminosidades, sin llegar a descubrirlas, a poseerlas del todo. En el dejar de conocer una ciudad hay tanta emoción como en el dejar de tener una mujer. Sentimos como si hubiésemos transitado por sus sorpresas, como si hubiésemos vivido bajo sus miradas, a medida que nos vamos alejando. Pero a medida que nos vamos alejando, crece la idealidad en que las dejamos, esa exaltación espiritual de haber visto lo que no habríamos visto nunca.